

Pilar Ramírez

## La política en tacones

### Una joven formal

Este año comienza atronador con las celebraciones por las mujeres, pero la algarabía por las féminas no es en México sino en Francia. Los museos y galerías franceses han anunciado múltiples homenajes a varias artistas, vivas y muertas. Una de las homenajeadas será Camille Claudel, la rebelde Camille, que de algún modo se reencontrará con el amor de su vida y mentor: Augusto Rodin, pues habrá una retrospectiva de la artista en ese museo.

La otra festejada gala será Simone de Beauvoir, con motivo del centenario de su nacimiento que se cumplió el 9 de enero. Habrá un coloquio internacional dedicado a la escritora francesa, cuyos textos han sido fuente en la que han abrevado generaciones y generaciones de mujeres defensoras de sus derechos. Simone de Beauvoir es y seguirá siendo un símbolo del feminismo, aunque no les falta razón a quienes consideran que el valor de una propuesta no deja de verse reducido cuando se etiqueta. Siempre me ha parecido que lo único que la escritora francesa hizo fue vivir a su modo, pero su elección no era nada convencional para la época, de modo que su estilo de vida se convirtió en bandera, en símbolo, pero también en blanco de severas críticas.

No deja de ser curioso que la producción artística de ciertas mujeres haya trascendido cuando su vida personal generó polémica. Casos hay varios: Tina Modotti, Frida Khalo y las mismas Camille Claudel y Simone de Beauvoir. La aldea global ha demostrado que puede convertir en productos a la venta incluso las formas de pensar, de vivir y de ver el mundo. Por ello, hoy son motivo de celebración una buena cantidad de aspectos que en su tiempo les fue reprochado a estas mujeres.

Como sea, la fecha no puede pasar desapercibida y la talla de la escritora merece con creces el homenaje, pero no podemos negar que el valor simbólico de Simone de Beauvoir es una cuestión generacional; para muchos jóvenes los nom-

bres de Simone de Beauvoir y de Jean Paul Sartre sólo forman parte de un catálogo de escritores, para mi generación eran los representantes de una conciencia rebelde que tenía como arma principal la palabra.

Dice Elías Canetti en *La conciencia de las palabras* que él llevaba un diario con anotaciones que después nunca utilizaba, pero que un hombre como él “que conoce la intensidad de sus impresiones y siente cada uno de los detalles de cada día como si fuera aquél su único día (...) explotaría o acabaría desintegrándose de cualquier forma si no se calmara escribiendo un diario”. Y añade que “parece increíble lo mucho que la frase escrita calma y amansa al ser humano”.

Cuando encontré esta reflexión sobre la escritura, que Canetti aplica a sí mismo, pensé rápidamente en dos de mis escritores favoritos que construyeron una gran obra a partir de sus autobiografías: Henry Miller y Simone de Beauvoir. A menudo vuelvo a sus libros y me doy cuenta que su grandeza reside en algo simple: se permitieron pensar y sentir. Simone de Beauvoir se entregó a la tarea de recoger con paciencia, esfuerzo y virtud los sentimientos, sensaciones y pensamientos alrededor de la vida cotidiana y con ellos edificó un conjunto sólido que se convirtió en toda una filosofía de vida, en una postura política y en un grito que se negó a ser asfixiado, incluso en la situación extrema de la guerra; allí está para atestiguarlo *La invitada*, donde está la rebelión contra la guerra pero también cómo una mujer de origen burgués enfrenta individual y cotidianamente el movimiento armado. Como ella misma afirma “no descubrí la negra magia de las palabras hasta que me mordieron en el corazón”.

Es así que en sus libros caben con toda naturalidad sus opiniones sobre los intelectuales, sus peripecias en La Sorbona, el atuendo de otras mujeres, su amor por Sartre, la relación con su padre, su rechazo a la invasión alemana, la enfermedad de su madre, la infidelidad, la literatura,

el teatro y, sobre todo, cómo se vive todo eso siendo mujer. “La literatura permite vengarse de la realidad esclavizándola a la ficción” dice El Castor, pues sus libros, aunque autobiográficos, no dejan de ser una recreación.

La joven formal está vigente y creo que el mejor homenaje es, como en otros casos, aquel que se rinde en la intimidad. Podemos comenzar con la relectura de su obra.